





# LA CRIOLLA

**BIOGRAFÍA DE POLICARPA SALAVARRIETA**

**ENRIQUETA MONTOYA DE UMAÑA**

**Ediciones LAVP**

---

**[www.luisvillamarin.com](http://www.luisvillamarin.com)**

## **La Criolla**

### **Biografía de Policarpa Salvarrieta**

Historia de Colombia N° 4

©Enriqueta Umaña de Montoya

Primera Edición, Tercer Mundo Editores, Bogotá-Colombia 1969

Segunda Edición, Instituto Colombiano de Cultura 1972,

Biblioteca Colombiana de Cultura, Colección Popular

Reimpresión, octubre 2020

© Ediciones LAVP

[www.luisvillamarin.com](http://www.luisvillamarin.com)

New York City

Cel 9082624010

**ISBN-9781538076842**

**Ediciones LAVP**

Todos los derechos reservados. No se puede utilizar esta obra, ni total ni parcialmente, para ningún fin publicitario, comercial, editorial, en ninguna de las formas escritas, filmicas, de audio, audiovisuales, electrónicas o reprográficas, sin la autorización escrita de la autora

## **INDICE**

<b>Guaduas</b>	<b>6</b>
<b>Alejo</b>	
Salen a flote los problemas	<b>19</b>
<b>Noticias</b>	
Empieza el torbellino	<b>25</b>
<b>Revolución</b>	
1810: final de una era	<b>29</b>
<b>Tempestad</b>	<b>37</b>
Santa Fe, 1812	
<b>Costuras y amistades</b>	<b>43</b>
<b>Confusión</b>	
Escaramuzas y vacilaciones	<b>55</b>
<b>Noviazgo 1813</b>	
Se ilumina el horizonte	<b>63</b>
Pesares y alegrías	<b>71</b>
El 13 es mal agüero	<b>76</b>
Héroes	<b>83</b>
Regreso	<b>97</b>
Conspiración	<b>110</b>
<b>Tregua ...</b>	
Un solo mes de felicidad	<b>119</b>
<b>Terror</b>	
Que no se contagie el miedo	<b>131</b>
La trampa... se abre	<b>141</b>
El virrey	<b>153</b>
Soledad	<b>163</b>
<b>La capilla</b>	
Lamujer siempre cuida su belleza	<b>186</b>
La Plaza Mayor	<b>197</b>

## **GUADUAS**

Polonia terminó temprano sus quehaceres; llamó a Biviano, su hermano menor, compañero en todas sus correrías y bajando con él por la calle de "Calamoima" salió de la población. Quería llegar pronto a la ceiba grande, arrancada de raíz por el huracán, hacía mucho tiempo. Sobre su tronco inmenso subía a menudo, cuando escuchaba rumores de caravanas provenientes de Honda.

Como una ardilla, trepó ágilmente hasta la horqueta, en donde cómodamente sentada, tenía su atalaya sobre el valle. Desde allí contemplaba un dilatado panorama; montañas inmensas ante las cuales su alma se expandía y volaba su imaginación a países distantes.

En algunos recodos, descubría los trechos del camino real de Honda que como a brincos subía desde el Río Grande de La Magdalena hasta llegar a la altiplanicie de la sabana.

Minutos antes había escuchado ruido de caballos subiendo por el empedrado camellón y ansiosamente escudriñó el paisaje. Poco a poco pudo distinguir los gritos de los arrieros y esclavos que traían las cargas, así como los golpes secos de los cascos sobre las piedras, vislumbrando por fin numerosa comitiva que llegaba.

Se deslizó por el tronco, y seguida de Biviano que sobre sus cortas piernecitas hacía esfuerzos para seguirla, como si fuera un fiel guardián, sin temor saltó al barranco para acercarse a ver de qué se trataba.

Un caballero de edad subía delante, erguido y serio, contemplando el paisaje con detenimiento. Enseguida, una dama joven y muy bella que deslumbró a Polonia.

Elegantemente ataviada, su sombrero de plumas atrajo la atención de la niña. La dama sonrió, y Polonia alegre, comenzó a caminar a su lado.

—Cómo te llamas?—

—Polonia Salavarieta Ríos, para servir a su merced.

—¿Dónde vives?—

—Aquí en Guaduas, señora—

—¿Ya llegamos? —

—Detrás de aquellos árboles está el pueblo.

—¿Me podrías indicar un lugar para la merienda?

—Está el Convento de los Padres; pero si su merced quiere... en mi casa siempre se hospedan muchos de los que viaja a Santa Fe. Es pobre, pero estaríamos muy felices si viene con nosotros. —Quiénes forman tu familia?

—Mi hermana Catarina y su esposo; Biviano mi hermanito pequeño, y yo.

—Está bien, Polonia Salavarieta—dijo dirigiéndole una nueva sonrisa. Habló un momento con el caballero que conducía la comitiva, dio algunas órdenes relativas a su equipaje, pidió un cofre, lo colocó sobre las rodillas, sacó una bolsa de tela bordada y entregándosela dijo a la niña:

—Estoy lista; podemos ir a tu casa—

Se despidió del caballero español con un gesto amistoso y este, seguido por los criados numerosa carga, dirigióse al convento de Soledad, distante pocas cuadras.

Ellas caminaron algunas calles sin empedrar, bordeadas por casas de techo pajizo. Frente a una de ellas Polonia indicó a la dama que habían llegado. La ayudó a desmontar del caballo, que ató a una de las columnas, y la hizo seguir.

La casa de la joven era sencilla: Un salón bien ventilado desembocaba a un corredor sobre el patio alegre, barrido y limpio, lleno de árboles frutales y muchas flores.

La dama, con un suspiro de alivio, se dejó caer en la hama-ca colgada en un rincón muy fresco del corredor. Polonia le ofreció jugo de frutas y algunos "patacones", mientras preparaba el "san-cocho", que la dama comió después entre divertida y fatigada.

—Me gusta tu casa, pequeña. ¿Tú crees que podré dormir aquí esta noche...? Preferiría quedarme en lugar de ir al convento.

—Claro que sí, señor— respondió Polonia; nosotras siempre recibimos huéspedes y será un gusto alojarla; hablaremos con mi hermana Catarina en cuanto regrese del mercado, y si el señor que la acompaña lo desea, podrá también venir...

—No gracias, Polonia; don José Pando y San Llorente está muy interesado en conversar con los padres. Le han dicho que ellos conocen muy bien la región, y que son las personas indicadas para darle muchos datos que él necesita, en especial acerca de la marcha del virreinato.

—Sí, señora; los padres conocen a todos los vecinos. Guaduas es el centro de este valle, y por aquí pasan todos los que van a Santa Fe o vuelven a España. Las noticias se reciben de todas partes y todo el mundo quiere a los padres.

Guaduas nació al pie del convento de La Soledad; allí podrá obtener todos los datos que desee.

—Me interesa mucho; luego me contarás despacio. Tengo muchas preguntas que hacerte. Ahora quisiera instalarme un poco. Déjame, me quedaré en la sala, no es necesario que me des tu cuarto—

La tarde pasó tranquila. Polonia instalada al pie de la dama, que se balanceaba lentamente en el chinchorro, la escuchó y respondió a sus preguntas. Su huésped subía a Santa Fe a visitar a sus parientes los Marqueses de San Jorge.

Una espontánea amistad y un mutuo interés comenzaron a nacer entre la noble española y la joven americana que nunca antes se habían visto, pero cuyas raíces eran las mismas: la Madre Española.

—Tú eres española, ¿no es cierto? Tu tipo no es como el de las gentes que he visto por el camino. Se ve que no naciste aquí—

—Mis abuelos vinieron de España hace mucho tiempo. . . pero yo sí soy americana—respondió la joven mirando de frente a la dama—; mis abuelos vinieron de la ciudad del Socorro, al norte de Santa Fe. De allá vinieron mis padres cuando la guerra...—

¿La guerra?...¿Qué guerra...—

—Fue más bien una revolución, hace como treinta años; en 1781. Era para protestar por los impuestos que el virrey puso a los cultivadores, especialmente al tabaco que era de lo que mis padres vivían. Él, se vino con el jefe José Antonio Galán, enviado por un señor Berbeo. Eran muchos. Aquí en Guaduas compraron ropas, armas y municiones al corregidor don José de Acosta—

Al principio no querían venderles nada porque el señor de Acosta no estaba de acuerdo con los comuneros, que así se llamaban, pero ellos no querían robar ni quitar nada y al fin lograron lo

que deseaban. Siguieron hasta Honda y Mariquita dando libertad a los esclavos. Cuando estaban en el Magdalena les llegó la noticia de que se había firmado la paz con el virrey, por lo cual cada uno debería volver a su casa.

Lo hicieron efectivamente. Poco tiempo después empezaron a perseguir a todos los compañeros de Galán y fusilaron a muchos. Mi padre se salvó, porque se vino con mi madre, con quien se acababa de casar en Moniquirá, de donde era ella. Se establecieron en Guaduas y aquí nacimos nosotras.

Cuando narraba todo esto, sentía en su alma el orgullo de su raza, de su familia, de su tierra, de su padre que luchó por ideales de los criollos; todo esto bullía con ardor en su corazón. Anhelaba profundizar en estas cosas, comprender un algo vislumbrado al recordar a estas gentes cuyas hazañas estaban grabadas en su alma...

—¿Dónde estudiaste...—

—Fui a la escuela del Convento todos los años pasados. Aprendí lo que enseñan los padres. Sé leer, escribir, conozco la doctrina...y la historia del rey, a quien Dios guarde, —terminó, haciendo una pequeña reverencia, feliz del hallazgo de su frase, que pensó alegraría a la dama. Pero no fue así. Ella permaneció con la mirada distante y distraída, mientras decía en tono pensativo:

—E! rey...? Ha sido hecho prisionero y está tristemente desterrado. ¿No lo sabías?—

—!No señora. ¿Cómo fue eso...?—

—!Es largo; después te lo contaré... ¿Te gusta vivir aquí?—

—Sí su merced. Vivimos felices. Tenemos muchos amigos. La familia Acosta, es muy buena con nosotros. La hija mayor